

Es un acto puramente arbitrario. No se recurre siquiera a una corte pseudo-académica. Se ha hecho bajo la autoridad de una desgraciada imitación que está decayendo en un Mussolini español. Un zoquete de uniforme ha golpeado en la boca a un gran maestro y lo ha obligado al silencio. En los últimos tiempos no ha habido en Europa un desafío tan violento a la libertad y al honor del mundo intelectual.

Este último ultraje

¿Qué protestas ha habido en el mundo? Se podían haber esperado vigorosos clamores a favor de Salamanca, de parte de Oxford y Cambridge, de parte de Londres y de la Academia Británica, de parte de Harvard, Yale, Chicago, de las ciento y tantas universidades y colegios de Norte y Sur América, un inmenso estallido de indignación. Poco he oído.

De la Universidad de París ha habido una buena protesta representativa y Lisboa ha hablado. He visto unos pocos párrafos en los hebdomadarios más entonados de Inglaterra y Estados Unidos.

Pero los trabajadores intelectuales del mundo de lengua inglesa parecen en conjunto haberse afectado poco ante esta hazaña particular del dictador del rey de España, como un rebaño de ovejas que se apacientan ante la muerte de una de ellas.

Por lo que a ellos toca, él puede clausurar todas las universidades de España y abandonar en una isla desierta a los cuerpos respectivos. El sentido de cualquier comunidad de

intereses entre las universidades del mundo, parece faltar completamente.

El minero ordinario o los cargadores tienen mucho que enseñar al profesor de universidad en lo que se refiere a la posesión del respeto propio.

También en Inglaterra como en Estados Unidos en los últimos doce años ha habido quizá casos similares a este ultraje último de la fuerza vulgar sobre la inteligencia. Está el caso del señor Bertrand Russell, por ejemplo. Durante la guerra no era prudente en los Estados Unidos que los profesores de ciencias políticas y sociales se inclinaran muy visiblemente hacia el colectivismo.

Mr. William Jennings Bryan sabe todo lo que se refiere a la creación e incita a los Estados retrógrados a destituir a los profesores de biología que enseñan de una manera contraria a las creencias de este favorecido confidente de la Divinidad. Quizá la triste comprensión de tales hechos haya estorbado a las comunidades de habla inglesa en este asunto.

Entre tanto, don Miguel de Unamuno estudia los medios de fugarse de las islas Canarias y mientras se mantenga en su opinión sobre el rey Alfonso, tiene restringida su conversación con los isleños. Y si por casualidad el rey Alfonso visitara Inglaterra, y fuera a Oxford y a Cambridge, todos los profesores y los decanos se pondrían todos sus plumajes para inclinarlos ante él.

H. G. WELLS

(Del *New York American*, Trad. de CARMEN LIRA, en homenaje a don MIGUEL DE UNAMUNO).

Por don Miguel de Unamuno

París, 20 de marzo de 1924.

Señor Director del

REPERTORIO AMERICANO

San José, C. R.

Señor Director:

En su casa habremos de encontrar cabida para decir, a quienes quieran escucharnos, toda la emoción del espíritu, hoy que queremos hablar de don Miguel de Unamuno, el alto maestro de España y de Hispano-América, a quien la barbarie reinante en la Península acaba de abatir enviándolo a las Islas Canarias, lejos de sus afectos y de sus devociones mentales, por delitos de pensamiento libre y de integridad de conciencia. Y es desde París, desde el centro de esta ciudad acogedora y alta por los prestigios de la inteligencia y de la belleza, de donde vamos hacia nuestra América,

en la que vimos entristecerse nuestra juventud por el dolor de tiranías y de revoluciones. Y en lo más triste de la historia de nuestros pueblos, en la época en que nos tocó vivir, los pocos que creemos todavía en el espíritu y la tradición de una cultura, entretuvimos nuestras horas en la devoción heroica de los representativos. Miguel de Unamuno estuvo entre los primeros. Por ello no es sin indignación como vemos el golpe dado a la tradición espiritual que más nos atañe. Pero los generales no comprenden esto: todo lo confunden con el orden del cuartel y con el valor de las armas.

Que la fuerza se ejecute, vaya; pero que no alcance al pensamiento tratando de acallararlo. Se confunde el oficio de pensar con el oficio de mandar: pero no. Obra de mentecatos y de ignorantes es el querer poner límites a todo movimiento libre: pero no. Po-

siblemente España — la España de nuestros días, aquella de las juntas militares y del desastre de Marruecos, la España de Primo de Rivera — necesite hundirse o salvarse de una vez por todas. Cada cual escoja su partido. Pero no es atacando lo más excelsito de su vitalidad, de su propia grandeza actual, como lo logrará. Porque creemos que es la fuerza el único principio de equilibrio y de excelsitud de un pueblo: pero la fuerza que está más allá del brazo, la fuerza que dirige, la fuerza que se supera en el arte de bien gobernar. Y la primera decadencia de un gobierno es la persecución de lo superior, de las magnificencias del espíritu.

El mal de España es un mal de siglos: lo tememos por nuestra América. Cuando el mundo comenzó a caminar seriamente ella quiso detenerlo. Se salvó dentro de una tradición pura y alta, o para decirlo, en un sentido Unamuniano, *casta*: pero ya los otros pueblos habían abandonado todos los sabores de esa tradición. Lutero creció para crear otra corriente; y en un sentido ficticio o político, Loyola disciplinó el cristianismo. Frente a un mundo heterodojo se levantaba una España ortodoxa. Todo era místico en sus tendencias — y sigue siéndolo en las corrientes populares, acaso de las más interesantes del mundo de nuestros días — aunque los secretos del probabilismo jesuítico sean obra de la voluntad. Al hablar en España de una tradición latina se habla más bien de una forma y no una esencia; el pensamiento vernáculo de España es lo más distante de toda latinidad. Séneca fué el primero de los estoicos y en la aridez del espíritu ibérico el cristianismo, en lo que tiene de bárbaro y misterioso, por el fervor y por la fe, floreció eternamente. En el fondo: España es una nación hecha de misticismo, de fervor, de sequedad. El donjuanismo, el quijotismo, el misticismo — formas puras de una Idea Platónica — no pueden ser más que españoles.

Cuando se ataca a don Miguel de Unamuno se atacan las bases íntegras de la raza, los valores intrínsecos de la tradición, en suma, se ataca a España. Porque don Miguel de Unamuno es el último gran místico de España y las fibras de esta nación están hechas de la esencia de su pensamiento. Unamuno no ha destruido, con la sonrisa de su ironía, con el calor de sus paradojas, con el sentimiento de sus convicciones más íntimas, sino lo que no es español, lo que no está vivo en el útero de esa España que «huele a cadaverina.» Su último libro, *El Cristo de Velázquez*, es la síntesis de las emociones de Unamuno. Y no decimos Filosofía de Unamuno, porque en el fervor no cabe la filosofía: que la fe